

presiones y claro en sus contenidos. De lectura imprescindible para quienes cultivan el ámbito de la teología en este momento de pluralismo.

Deseo destacar que tras todo el trabajo de exposición, análisis y presentación sintética de los resultados, la frase de cierre del libro refleja no solamente la fundada convicción del científico, sino, simultáneamente, un optimismo profundamente creyente: «... habiendo averiguado cuál es el camino bueno, ya no queda otro remedio sino caminar por él (Jer 6,16)» (p. 310). Evidentemente, para José Joaquín, el camino bueno es el del entendimiento y el del diálogo entre la diversas tradiciones religiosas de la humanidad. «Camino bueno», camino de diálogo que impulsa a los hombres a dirigirse a Dios como absoluto. Simbólica frase de cierre de la obra de este académico, roturador de caminos difíciles en la teología, como son los del diálogo entre los hombres, las culturas y las religiones. Y camino que se cumpliría en su propia vida abocada, ya en el límite, al Único Dios que llama a todos los hombres hacia Él, aun por sendas misteriosas.—JOSÉ LUIS SANCHEZ NOGALES.

EDUARDO DE LA HERA BUEDO, *Pablo VI al encuentro de las grandes religiones*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001, 273 pp., ISBN 84-330-1559-1.

El sacerdote de la diócesis de Palencia y profesor del Instituto Teológico del Seminario San José perteneciente a esta misma diócesis, Eduardo de la Hera, vuelve a abordar el tema del pontificado de Pablo VI tras publicar, tres años antes, un libro (*Pablo VI, Timonel de la unidad*) que yo mismo tuve la ocasión de recensionar y que constituía una muy interesante y valiosa aportación a la investigación. Ahora, aunque con un mismo tema, la proyección de este trabajo se dirige a otro lugar, en concreto un aspecto de la trayectoria pontificia de Pablo VI: el diálogo con otras religiones.

Lo afirma con toda claridad De la Hera al principio del libro: Pablo VI fue uno de los pioneros del diálogo ecuménico dentro de la Iglesia católico-romana. Diálogo que fomentó con palabras, como la encíclica programática *Ecclesiam Suam*, la exhortación *Evangelii Nuntiandi* o el mensaje *Africae Terrarum*; y con hechos, como los viajes a Palestina y al corazón de la India (1964), a Estambul (1967), a África (1969) o a Extremo Oriente (1970). Se trataba, como señala Eduardo de la Hera, de todo un talante nuevo, lejano de cualquier triunfalismo, fiel al propósito dialogante que impulsaba el Concilio Vaticano II y concebido desde la centralidad no excluyente de un Cristo universal, al que respetaban y respetan judíos y musulmanes, hindúes y budistas.

Así, el libro se compone de diez capítulos. El primero de ellos se centra en los tres mensajes que ya hemos comentado antes (*Ecclesiam Suam*, *Evangelii Nuntiandi* y *Africae Terrarum*). El autor recuerda que Pablo VI no hacía sino poner en marcha el espíritu del Concilio Vaticano II, que, en sus varios documentos, recogió la solicitud del diálogo interreligioso: para De la Hera, sobresale por encima del resto la declaración *Nostra Aetate*, al ser la que mejor refleja el pensamiento, el sentir y el quehacer pastoral del Papa Montini. Sin embargo, como se pone de manifiesto en el capí-

tulo segundo, más fuertes que las palabras de Pablo VI fueron sus gestos proféticos, que el teólogo entiende como aquellos actos con fuerte carga interpretativa para quien sabe interpretarlos. Y uno de esos gestos fue la creación del «Secretariado para los no cristianos», además de algunos de los encuentros más significativos con judíos, musulmanes y representantes de las grandes religiones afroasiáticas. Aquí es donde considero que existe una cierta discrepancia entre lo que pensamos y lo que afirma De la Hera, para quien el diálogo interreligioso no era una novedad, sino que subyacía una fecunda tradición eclesial y cultural de tolerancias y respeto mutuos. Por lo que se refiere a la época del Régimen de Franco en España, la realidad desde luego dice algo muy distinto: durante mucho tiempo, no sólo no hubo libertad religiosa, sino que el desarrollo de la tolerancia fue algo extraordinariamente limitado, hasta el punto de que el presidente norteamericano Eisenhower, durante la histórica visita que hizo a España en 1959, tuvo que pedirle expresamente a Franco un mayor respeto hacia las comunidades protestantes. A nuestro parecer, es precisamente la capacidad para romper con esta falta de diálogo lo que engrandece aún más la figura de Pablo VI.

Lo que pone de manifiesto el tercer capítulo es el deseo del Papa Montini de extender su palabra por todo el orbe, llevando su programa ecuménico a los rincones más lejanos del mundo. De la Hera vuelve a ser claro: Pablo VI quería romper con la imagen que existía del Papado, según la cual los pontífices eran hombres voluntariamente prisioneros en la colina vaticana. En los nueve viajes internacionales que realizó Pablo VI, el pontífice visitó lugares tan distintos como Palestina, la India, Estados Unidos, Uganda e, incluso, Filipinas. Debemos advertir que al autor del libro le gusta particularmente recrearse en estos viajes, ya que en ellos es donde mejor se muestra el talante enormemente respetuoso y dialogante de Pablo VI, lejos de la prepotencia tradicionalmente exhibida por anteriores pontífices.

Porque, como se refleja en los capítulos cuarto y quinto, el motivo central de estos viajes es buscar los elementos que unen las distintas religiones, y no lo que les separa: porque esa unión, sin abdicar de las propias convicciones, era, según Pablo VI, una exigencia que brotaba de la misma verdad religiosa, verdad que nadie debía pretender tener en exclusiva.

A nuestro parecer, es en el sexto capítulo donde mejor se exhibe la fluidez de Eduardo de la Hera para escribir y narrar los acontecimientos, sin renunciar al análisis sistemático y profundo, con un vocabulario variado y demostrativo de su dominio de la Teología. Este apartado, que se centra en lo que es realmente el arte de dialogar, constituye una excelente muestra de lo más bello del lenguaje, y que posibilita una lectura amena e imposible de aburrir al lector. Hay que señalar, por otra parte, el profundo conocimiento que De la Hera tiene de pensadores de muy diversa índole, tales como Blaise Pascal, Karl Rahner, Rabindranath Tagore o Hans Küng.

El octavo capítulo se dedica a los encuentros interreligiosos de Pablo VI, analizándose la visión que el pontífice tenía de las grandes religiones: el judaísmo, el Islam, el hinduismo, el budismo, el confucionismo y las religiones africanas. Reafirmando la idea de Pablo VI como gran partidario de los gestos simbólicos, Eduardo de la Hera recuerda cuando el Papa Montini, el 15 de enero de 1965, devolvió la bandera de Lepanto a la República turca: lo más importante de este gesto no sólo lo encontramos en la humildad de su comportamiento, sino el hecho de que hacía sólo

quince meses de su elección pontificia. Todo ello volvía a poner de manifiesto la actitud valiente y decidida del pontífice, que permitió a la Iglesia avanzar en pocos años mucho más de lo que lo había hecho en décadas anteriores.

En este sentido, la política de Pablo VI, según De la Hera, entroncaba con la Organización para las Naciones Unidas (ONU), como se sabe constituida en 1945 en la Conferencia de San Francisco: para el Papa, la ONU era la escuela donde se educaba para construir la paz. Esta, según Montini, no se levantaba sólo con la política y el equilibrio de fuerzas y de los intereses, sino que se construía también con el espíritu, las ideas y las obras de paz. El décimo capítulo, titulado «Una palabra final, aunque no definitiva a modo de conclusiones», constituye una maravillosa muestra de la capacidad comunicativa y carisma de Pablo VI y del excelente dominio del lenguaje de Eduardo de la Hera.

Dado que este teólogo es un hombre que trabaja con un gran volumen de fuentes tanto primarias como secundarias, que sin duda respaldan y fortalecen aún más la fortaleza de su obra, al final de la misma se adjunta una completa lista de las mismas. No sería justo concluir esta recensión sin antes reconocer la labor de Pedro Rodríguez Panizo, director de la colección en la que se inserta este libro, y de la editorial Desclée de Brouwer (con la colaboración de la Universidad Pontificia Comillas), que han hecho posible la publicación de un conjunto de obras de fácil y amena lectura, perfectamente compaginada con el rigor científico y la aportación a la investigación. Esta es, en síntesis, una monografía de referencia para el estudio de la figura de Pablo VI cuyo grado de difusión debemos esperar que sea el máximo posible.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

KURT ANGLET, *Der eschatologische Vorbehalt. Eine Denkfigur Erik Petersons*, Schönningh, Paderborn-München-Wien-Zürich, 2001, 186 pp., ISBN 3-506-70407-9.

El presente libro de K. Anglet quiere ser un estudio de la reserva escatológica en el pensamiento de Erik Peterson. El teologúmeno de «la reserva escatológica» (*der eschatologische Vorbehalt*) circula como moneda corriente dentro del discurso teológico actual. Sin embargo, es poco sabido que este término fue acuñado por Erik Peterson en sus clases. Uno de sus alumnos, E. Käsemann, lo tomó de su maestro y, a través de él, pasó a circular por la teología del siglo xx, especialmente impulsado por la teología política de Metz y Moltmann. No cabe duda de que un estudio a fondo de la concepción de Peterson de la reserva escatológica habría de resultar interesante, tanto por poner de relieve el nacimiento del concepto «reserva escatológica» en cuanto tal, como por revelar su contenido teológico original.

Para realizar este estudio Anglet ha manejado el comentario de Peterson a la carta a los romanos, que procede de sus clases en Bonn en el semestre de verano de 1925 y en el de invierno de 1927/28, recientemente editado<sup>1</sup>. También ha tenido acceso a

<sup>1</sup> E. PETERSON, *Der Brief an die Römer* (Ausgewählte Schriften 6; aus dem Nachlaß herausgegeben von B. Nichtweiß unter Mitarbeit von F. Hahn), Echter Verlag, Würzburg 1997.